

1983 ADÁN RETORNA

Adán Retorna está inspirada en una viñeta, que la oficina promotora de los censos de 1980 utilizó para ayudar a la ciudadanía a comprender y proporcionar con claridad los datos censales. Una graciosa caricatura, en la que aparecía una de tantas madres llena-de-hijos, a la que el censor (o cansador) le aclaraba: "No, señora, si su marido fue a comprar cigarrillos y hace una año que no regresa, ya no vive con usted". El caso es frecuente.

Adán Retorna insiste en la proposición del teatro-objeto, dentro de la cual los personajes de la acción dramática aparecen transformados en meros objetos de uso doméstico y social: el esposo ausente (Adán) es únicamente una maleta de viaje; la esposa (Ella), unos tubos de plástico para encharcar el cabello; etc. Efectos de la enajenación consumista; lamentables consecuencias de la burocracia como sustancia corrosiva que todo lo invade. Posesión y evasión. Insatisfacción entretenida en fomentar en los seres humanos sus necesidades artificiales de tener y de parecer ser, frente a las legítimas aspiraciones de ser en plenitud. Sartre lo había advertido: "...abandonemos los discursos demasiados humanos, para ponernos a hablar de las cosas, sin querer oír razones. De las cosas, es decir de lo inhumano".

PERSONAS

ADÁN RETORNA, el esposo

Una maleta de viaje

ELLA, la esposa

La madre de sus hijos

JOHN FOSTER

Un escritorio de cortina

TECKNO KRATO BRUSKA MENTO

Una pistola o el juez

PLAKO DOCUMENTARIO

Una cámara patrulla

CESCO, RESCO Y VESCO

Los pobres hijos en un portarretratos

NOTAS PARA EL II DIÁLOGO

El poco respetable señor Adán Retorna -36 años, unión libre y título de farmacia- es un viajero incansable que ha vivido, durante los últimos diez años de su vida, en el interior de una maleta decorada con varios sellos, indicadores éstos de los países por los que ha pasado, así como de una muy amplia experiencia humana; vasto criterio también. Vuelve a su hogar familiar después del largo y fatigoso viaje que, con el pretexto de buscar y encontrar una diferente marca de cigarrillos, le llevó al encuentro de otros horizontes, nuevas experiencias -cualquier extraña pista-, como posibilidades de una vida mejor de la

que, hasta entonces, había llevado al lado de su mujer.

Al parecer, Adán Retorna no encontró lo que verdaderamente buscaba en otras tierras más o menos feraces; por eso regresa a ese su hogar matrimonial y penetra en él utilizando la misma llave con la que cerró la misma puerta hace una prolongada y efímera década. Ahora recorre la estancia-sala-comedor con la mirada; se asoma apenas al interior de las otras habitaciones y comprueba, "no sin emoción", que todo permanece aún en los íntimos lugares en los que "él" -el hombre-de-su-casa- dejó puesto todo la primera vez. En este ambiente hidrópico de esperanzas inútiles, vibran y se pueden tocar con las manos los acordes hipercondrios de la canción de moda del cantautor de moda Joseluisperales: Y tu te vas.... El público deberá participar de este instante encantado y, mediante el mismo instante, introducirse sin esfuerzo en la tesis clase médium de este Diálogo II. Esto puede plantear un severo problema, que le atañe únicamente al director de escena. A nadie más.

En el segundo cuadro descubrimos al poco respetable señor Adán Retorna observando detenidamente el interior de su morada. De pronto, nos vemos sorprendentemente impactados por la presencia inesperada de su mujer, la señora Ella su mujer de Retorna, ya que, dicho sea de paso, ésta es sólo una abrumadora peluca verde esmeralda, cuyos cabellos envuelven la grande variedad de tubos de plástico también verdes que tratan vanamente de rizarlos. Una bata crema con estampados de escandalosas hojas elegantes, lame obscenamente las desproporcionadas formas de Ella, su mujer. No debe haber reclamación alguna en este encuentro de hombre y mujer separados durante diez años. Ella acaso se encuentre un tanto cuanto maltratada por la inclemente acción del tiempo que lleva abandonada y batallando por la vida. Ella sola. Quien a partir de su entrada en escena, habrá de permanecer actuando como una dilatada y sinuosa cordillera.

Por otra parte, este clasemediero Diálogo II como ya dije, desciende de una graciosa viñeta del censo de 1980, a la que yo asocio a mi pariente aquel, entre libanés y gabachón, que salió de su casa de Trípoli a buscar cigarrillos a América, para terminar estableciéndose en Apizaco, Tlaxcala, en un almacén de telas al que tituló involuntariamente "Mi lucha". Propietario: Amado Cañón. 1936. Y al parecer fue congruente con su propio destino, ya que los de la oficina de inmigración, en Veracruz, le tradujeron el nombre titulado de cabra. El que se llamó Habib Khatoun, ahora se mexicanizaba con el de Amado Cañón. Y digo que el cambio fue congruente, ya que Habib quiere decir Amado y Khatoun, estrella. Por lo tanto, Amado Cañón, propietario. Quien salió de su casa de Trípoli para comprar cigarrillos en América...

ELLA.- ¡¿Cómo?! ¡¿Tú aquí?! ¡¿Cuándo llegaste?

ADÁN.- (*Muy sereno.*) En este preciso momento.

ELLA.- (*Recobrando el color.*) Y... ¿se puede saber la causa de tu repentina ausencia de esta casa?

ADÁN.- Salí a comprar cigarrillos con filtro. Te avisé.

ELLA.- ¿Y para eso tanto tiempo?

ADÁN.- (*Saliendo de la petaca.*) ¿Te parece mucho tiempo diez años? El tiempo corre como el agua... y la mala lengua...

ELLA.- (*Comienza a quitarse los tubos y a peinarse un poco.*) Sí..., el tiempo pasa volando...

ADÁN.- (*Afuera ya de la maleta.*) Y la tabaquería no está aquí a la vuelta, precisamente...

ELLA.- Son... ¿Cigarrillos americanos...?

ADÁN.- No. Ingleses. Los americanos me producen tos. Lo sabes. (*Transición.*) Tabacos rubios. Genuinos. Los cultivan en el Ducado de Windsor... Con filtro.

ELLA.- (*Interrumpiéndolo a gritos, al mismo tiempo que tira lejos de sí los tubos de la cabeza.*) ¡¿Es posible que me hayas abandonado durante diez años para comprar cigarrillos ingleses...?!

ADÁN.- Con filtro... (*Transición.*) Sí, es posible.

ELLA.- (*Casi patética.*) ¿Por qué me hiciste eso? ¿Te olvidaste acaso del tiempo que llevamos casados?

ADÁN.- ¡Claro que no! ¡Justo, once años!

ELLA.- (*En grito griego.*)...de los cuales, ¡diez empleaste en ir comprar cigarrillos con filtro!

ADÁN.- ¡Ingleses, esposa mía! Ingleses del Ducado de Windsor, cerca del Condado de Virginia Woolf...

ELLA.- (*Ahora ella trata de dominar la situación.*) Y... ¿no me encuentras distinta?

ADÁN.- (*Que la ha encontrado un poco más deteriorada de cuando la abandonó.*) ¿Cómo...?

ELLA.- (*Parece muy segura de sí, pero en estos momentos ella es una facha.*) Vamos..., gorda... aventajada... aplaudida...un tanto golpeada por la acción inmisericorde del tiempo... No sé...

ADÁN.- (*Observándola con cierto buen humor.*) Humm... Sí..., algo, probablemente...

ELLA.- Bien. (*Transición.*) Quizá extrañándote un poco... Quizá de nosotros (*Ojo con este plural.*)

ADÁN.- ¿Nosotros? Nosotros. ¿Nosotros?

ELLA.- (*Sin darle importancia al plural.*) Sí, de los niños... de tus hijos y... de mí...

ADÁN.- (*Pensativo y agrado de procrear hijos in absentia.*) ¿Cómo..., están ellos...?

ELLA.- Bien. (*Transición.*) Quizá extrañándote un poco... Quizá con ganas de verte..., de conocerte...de tratarte...

ADÁN.- ¿Cuántos... son ahora?

ELLA.- Tres. Son tres. Los mismos que planeaste... Resco, de 8 años; Cesco de 6 y Vesco de 2.

ADÁN.- (*Orgulloso de su paternidad.*) Vesco es el más pequeño...

ELLA.- (*Hábil y terrible como ella sola.*) ¡Sí..., y es el que más se te parece! Tiene tus mismas facciones e idénticas reacciones a las tuyas.

ADÁN.- (*Satisfecho.*) ¡Ah..., las leyes de la herencia! (*Pausa para transición.*) Y... ¿qué pasó con eso...?

ELLA.- (*Sabe a qué se refiere Adán.*) ¿Con qué...?

ADÁN.- (*Lírico y sentimental.*) Con... la fidelidad aceda que heredaste de tu madre... Con la astronomía llena de fe de tus abuelos... (*Casi cantando.*) Con todas esas cosas de la vida.

ELLA.- (*Muy natural.*) Nada, no ha pasado nada. Simplemente que ahora las deposito en el cofre cerrado de mis hijos, ¡de nuestros hijos!

ADÁN.- (*Reviviendo la emoción anterior.*) Repíteme sus nombres.

ELLA.- Resco... Cesco... Vesco... Ya te dije.

ADÁN.- Sí... ¡Qué bonitos! ¡Originales, además! Nada vulgares. Simbólicos.

ELLA.- Sí..., esos nombres me provocan ideas sin límites. Fueron como linternas cintilantes en la noche callada de tu ausencia. (*Transición.*) En fin, esos nombres me parecen tan vibrantes que ahora mismo tengo ganas de llorar.

ADÁN.- (*Estimulándole su vanidad.*) Pues llora... Tu sensibilidad siempre me pareció una carroza fúnebre... Llena de crespones morados, tu sensibilidad da lugar a llantos y lamentos interminables...

ELLA.- Así es. Así siempre ha sido. (*Llora un poco, se suena, y se tranquiliza.*) ¿Quieres café?

ADÁN.- Americano, con dos de azúcar, por favor.

ELLA.- (*Camino de la cocina.*) Americano tu abuelo. En esta casa siempre se ha consumido café del país... (*Pone un disco.*)

ADÁN.- Casi lo había olvidado. (*Eleva un poco la voz para que ella lo escuche.*) Café del país..., como mi corazón; como mis alegrías; como mis esperanzas... Así de nacionales son mis esperanzas, y café...

ELLA.- (*Que llega con el servicio.*) Tus pantuflas, también... (*Coloca las tazas en la mesa del centro y sale hacia la recámara.*)

ADÁN.- Las conservas...

ELLA.- (*Desde afuera.*) ¡Todo permanece aún en el mismo sitio en que tú dejaste todo!

ADÁN.- (*Disponiéndose a tomar café.*) Algo raro se siente al volver a casa después de siglos de volver a casa.

ELLA.- (*Continúa buscando las pantuflas.*) Te juro que ayer mismo las vi por aquí... (*Transición.*) Yo también siento algo extraño al volver a verte; como si mi pecho materno estallara igual que una catedral, y todos sus santos y vírgenes, la Sagrada Forma, quedaran danzando por los aires. ¿Qué te parece?

ADÁN.- (*Que parece no haber escuchado bien.*) ¿Cómo?

ELLA.- ¡Que qué te parece!

ADÁN.- (*Alzando la voz.*) ¿Qué cosa?

ELLA.- (*Llega con las pantuflas y sacudiéndoles el polvo de siglos de ausencia.*) La explosión que te acabo de platicar...

ADÁN.- ¡Estupenda!

ELLA.- Y es que..., todo cambia menos nosotros...

ADÁN.- (*Reflexionando casi para sí.*) La misma casa, los mismos muebles, los mismos cuadros..., sus mismos paisajes..., interiores..., exteriores. El mismo plato con su misma taza...

ELLA.- Todo lo mismo..., aunque un poco más amarillento todo...

ADÁN.- (*Dándole un brusco giro a la conversación y a su postura ante ella; quizá se atreva a pasarle la mano por el cabello recién liberado de los tubos; quizá sus dedos jueguen con algún rizo disoluto.*) Cuéntame de los niños, de mis hijos...

ELLA.- ¡Parecen ser de mármol!

ADÁN.- (*Encantado.*) ¿¿Tanto así?!

ELLA.- ¡Marmóreos, acerados, bronceos!

ADÁN.- Me urge conocerlos, descubrirlos...

ELLA.- Los he preparado durante tantos días para que te juren amor eterno...

ADÁN.- Me di cuenta en cuanto entré a esta casa, "mi casa". (*Transición inesperada.*) ¿Cómo es la nariz de Resco?

ELLA.- (*Pensándolo bien.*) Déjame ver... ¡inglesa! Sí, casi inglesa. Completamente inglesa.

ADÁN.- ¿Y la de Cesco?

Ella.- Ésa tiene rasgos chinoscos; amarillenta y mocosa.

ADÁN.- Oh... Y ¿la de Vesco? ¡No me digas! ¡Déjame adivinarlo! Aguiluña..., un tanto cuanto semita...

ELLA.- (*Adán acertó de una manera increíble.*) ¡Precisamente! ¿¿Cómo pudiste...?!

ADÁN.- (*Satisfecho de sí.*) Intuición..., pura intuición. Son mis hijos y con los hijos la intuición siempre acierta. Vesco ha de ser, seguramente, el vivo retrato del tío Isaac, el hermano de mamá. (*Enciende un nuevo cigarrillo.*)

ELLA.- ¡Me tienes sorprendida! (*Inicia una nueva aproximación hacia él, que puede resultar turbulenta, decididamente pasional.*) Tu cabello siempre me ha parecido... un ramillete de plumas... de avestruz...

ADÁN.- Es el corte de pelo. Las sortijas de mi pelo, sí. Estéticamente hablando, me felicito por mi pelo.

ELLA.- Viejo cabello mío, ¡qué gusto volver a verte...! Tomar tu café en tu casa, con tu mujer y acompañado de un cigarrillo de tabacos rubios... (*Ella se ha insinuado abiertamente.*)

ADÁN.- (*Atraído fuertemente por la seducción de su mujer, vuelve a encontrarla atractiva. Es entonces cuando le dice:*) ¿Puedo besarte...?

ELLA.- (*Como repitiendo una plegaria conocida.*) ¿Ahora me pides permiso?

ADÁN.- Tratando de retener en el azul intenso de esta noche...

ELLA.- (*Muy cercanos sus labios.*) Siempre he sido... únicamente mía.

ADÁN.- (*En un beso inicial y furtivo.*) El aroma de tu pelo...

ELLA.- (*Mejilla con mejilla.*) La cercanía prolongada de tu ausencia...

ADÁN.- (*En la forma más sentida.*) Te agradezco tanto que no hayas certificado mi muerte.

ELLA.- Estaba segura de volver a verte.

ADÁN.- ¿Puedo besarte?

ELLA.- (*En el cliché de Jean Wymann diciendo:*) Ahá... (*Entonces se treznan en un prolongado beso de amor. De acuerdo con las indicaciones del director de escena respecto de la duración del beso. Ella se aparta para decirle también como en una plegaria:*) El mismo sabor a café del país del primer día...

En las postrimerías de ese prolongado beso de amor entra en escena El-padre-de-sus-hijos, que viene de su trabajo. Su arribo (a escena) lo hace con la suavidad de la rutinaria llegada a casa, después de un agobiante día de labores como "tenedor de libros" –especie de contador público sin titular-; viene enfundado a manera de impermeable, en un grueso escritorio de cortina que le cubre benignamente el cuerpo permitiéndole sólo sacar la cabeza por encima del propio escritorio. Adosado a su instrumento laboral, este buen hombre trae en uno de sus cajones a los tres niños que procreó con Ella, su mujer, durante diez años de amasiato y de ausencia; Resco, Cesco y Vesco: los que, bien cubiertos del frío y la neblina texcocana, son un tríptico esperpéntico de Picasso o de Cuevas en ligera madera recortada que deberán salir de su encierro para existir.

El-padre-de-sus-hijos invade la escena con cautela, casi con timidez se diría, al advertir que la madre de sus hijos -Ella- se encuentra trabada en un prolongado beso de amor con Adán, al que él no conocía.

Suspense.

EL PADRE.- (*Sin querer ser inoportuno.*) ¿Se puede?

ELLA.- (*Desprendiéndose bruscamente de Adán.*) ¡Warner! (*Puede pronunciarlo Guerner.*) ¡Pasa, estás en tu casa! Mira, te presento a mi esposo; fue a comprar cigarrillos y ha regresado. Te he platicado tanto...

ADÁN.- Tanto gusto. (*Se pone en pie y observa con cuidado el escritorio.*)

EL PADRE.- Mucho gusto... (*Busca un lugar donde despojarse de su escritorio como de un abrigo o impermeable.*)

ELLA.- (*Hace las presentaciones.*) Mi esposo... (*Refiriéndose a Guerner.*) El padre de mis hijos... (*Abre un cajón del escritorio y saca el maderamen de sus hijos; acto seguido, los desdobra y los*

coloca en lugar muy visible para que Adán y el público los conozcan.) ¡Miren, papá ya regresó!

ADÁN.- (Acercándose a ellos.) Déjame conocerlos... ardo en deseos. (Al otro, digo, a El padre-de-sus-hijos.) ¿Me permite?

EL PADRE.- (Condescendiendo.) Por favor... Únicamente le suplico no les vaya a desprender una manija (o bisagra).

ADÁN.- No se preocupe. Nada más un minuto. Deseo advertir la línea nasal de cada uno.

EL PADRE.- Muy bien... ¡Magníficamente bien! Tómese el momento que guste. (A Ella.) Amor... ¿vienes un momento? (Ella va y el diálogo siguiente se desarrolla como en un aparte.) ¿Crees que este hombre y yo nos podamos llevar bien?

ELLA.- No veo por qué no.... Tú seguirás siendo "el otro". Respeto de él, ya lo irás conociendo... únicamente que... fuma demasiado.

EL PADRE.- (En una confesión posiblemente sincera.) Sentiría mucho que nuestra unión se fuera a deteriorar. (Transición.) ¿Piensa quedarse aquí?

ELLA.- Es su casa, soy su mujer, son sus hijos... sería la más lógico. En cuanto a nuestra unión, no veo tampoco por qué se habría de deteriorar. Verás. (A Adán.) Amor, ahora que has retornado...

ADÁN.- (Ensimismado en sus observaciones.) Acabo de descubrir que la nariz de cada uno de mis hijos corresponde en figura y presencia a la nariz de cada uno de mis antepasados... ¿Cómo es posible...?

EL PADRE.- (Complacido por su procreación.) Sus hijos son los mejores frutos de mi árbol genealógico... estimado señor.

ADÁN.- Lo felicito.

EL PADRE.- ¡Felicitémonos ambos!

ELLA.- (A Guarner.) Ah, cariño ¿recuerdas con qué cuidado los hicimos?

EL PADRE.- ¡Cuidado y esmero! Ésa es la fórmula que recomendaba mi padre. ¡Cómo lo quise! ¡Qué hombre, mi padre, eh!

ADÁN.- (Esforzándose en el recuerdo.) Tengo la impresión de haber conocido a su padre, señor.

EL PADRE.- (Sumamente interesado.) ¿Ah, sí...?

ADÁN.- Su padre ¿no era un hombre que usaba dos sombreros superpuestos...?

EL PADRE.- ¡Precisamente!

ELLA.- Dos sombreros de copa, sí.

ADÁN.- ...tonelete medieval y unos amplísimos calzones de cuatro piernas como cuatro chimeneas?

EL PADRE.- ¡El mismo! Pero por favor, ¿dónde lo conoció usted? O si me permite mejor, ¿dónde lo conociste?

ADÁN.- Por mí, encantado de haberlo conocido. No recuerdo. (Transición.) (A Ella.) Amor, ¿tendrías inconveniente en que rompiéramos el turrón "el otro" y yo? Tenemos los mismos hijos.

ELLA.- De ninguna manera, y voy ahora mismo a preparar unos bocados de atún con manteca de plástico y mermelada. (Vuelve a la cocina.)

Cuidado con los niños, no los muevan demasiado.

ADÁN.- (Retomando la plática.) Te decía... A tu padre lo conocí en un pozo; asomado a un pozo conocí a tu padre. ¡Gran hombre, tu padre! (Ofreciéndole cigarrillos.) ¿Fumas?

EL PADRE.- (Aceptándole un cigarrillo.) Gracias. (Encendedor dorado de gas, correcta ceremonia de encendido mutuo y su comodato.) La presencia de mi padre tan solemne... ante las preguntas continuas de mi madre... (Haciendo la voz y los ademanes de su madre.) "Cresko, ¿a dónde vas?" "Cresko, ¿de dónde vienes?"

ADÁN.- (Fijando la imagen del padre de El padre, entre las volutas de humo de los cigarrillos entusiasmados.) Supersombrerado... Refulgente en la medialuna de sus babuchas y sus cuatro tubos como cuatro serpientes...

EL PADRE.- (Evocando con emoción la figura de su padre.) Estoy sentado en el brocal del pozo, comiendo, junto a mi padre, esta ensalada dulce de camarones con leche...

ELLA.- (Que había entrado ya con una bandeja de canapés y se quedó observando la escena.) ¡Salud! (Ellos reaccionan.) Nada, que me encuentro encantada de la vida, comprobando lo bien que se han caído.

ADÁN.- Quisiera empezar a decirte, por orden alfabético, todo lo que pienso hora que he regresado.

EL PADRE.- (A Adán.) Me encanta tu lengua suelta, libre de cadenas; tu buen carácter de ballenato fatigado por la avenida Juárez...

ELLA.- (A Adán.) ¿Me creerías si te dijera que justo antes de cada parto pensaba en ti? Mi fantasía preferida era siempre la de sorprenderme bajo de ti haciendo el amor.

EL PADRE.- (Sigue diciéndole a Adán.) Lengua fotográfica velada por la acción del verbo hablar, ¡tu lengua!

ADÁN.- ¡Jamás olvidé que habitábamos el mismo pueblo!

ELLA.- (Ella se torna insinuante ahora con ambos, deslizándose sus manos por entre los cuerpos de ambos y así también sus palabras entrambos.) Miradita de broma... miradita carnal...

EL PADRE.- (Entre alguna caricia obscena.) Bajo el brazo ahí... ¡Cuidado con el vello de tus axilas!

ADÁN.- (Al El padre, en broma.) ¡Oye, a ti se te olvida que ésta y yo estamos casados!

EL PADRE.- (Sigue la broma.) ¡Nunca! ¡Eso lo tuve presente desde el primer día!

ADÁN.- (Eufórico con ambos.) ¡Yo en el extranjero jamás fui un extranjero! ¡Démonos un fuerte abrazo!

EL PADRE.- (Secundando gustoso la idea.) ¡El más fuerte y desconocido abrazo de la historia! (Entre los tres integran la tarántula, animados por los voces lúbricas de Ella.)

ELLA.- ¡Cuidado, hombres de Dios, que me van a matar entre todos!; y por favor quiten esos niños de ahí; que no vean estas cosas... (A partir de ese momento todos contra todos.)

ADÁN.- ¡Amor!

ELLA.- ¡Amor!

EL PADRE.- ¡Amor!

Entra sorpresivamente un policía seguido de un fotógrafo. El primero, como es lógico, es una apabullante pistola 45 o 450, escuadra, por lo que la cachera corresponde al tocado de cimitarra, a la manera de los policías de La causa de la causa. El fotógrafo, en cambio, se atavía con una ocurrente cámara fotográfica de fuelle, que lo hace parecer ágil y flexible, en una palabra: cordial; en cambio, el policía siempre resultará abominable y pavonado como cualquier empleado de la burocracia cultural.

EL POLICÍA.- (Sorprendiéndolos in pira e in fraganti.) ¡¡Un momento!! ¡¡Que nade se mueva!!

Sólo un instante para el flash de la foto de rigor, aunque durante el resto de la obra el fotógrafo, intermitentemente, dé flashazos a manera de tics faciales. Mientras duren las fotos los personajes adoptarán diversas poses cuidadosamente estudiadas.

EL POLICÍA.- (Ampuloso y vacío.) ¡Señoras y señores, todo esto configura la triplicidad del delito conocido como "adulterio"!

LOS VARONES.- ¡Quién con quién!

EL POLICÍA.- (Lleno de sabiduría jurídica.)

¡Nooo...! ¡¿Quién contra quién?!

ELLA.- (Intempestiva como siempre lo ha sido.)

¡¡Ellos dos son contra mí sola!! ¡¡Ninfómano!!

Gran pausa en la que solamente se escuchan los clics del fotógrafo.

EL POLICÍA.- (Investigando el delito.) Aquí... ¿quién de quién?

ADÁN.- (Francamente molesto y tratando de imponerse.) ¡¿Quién de quién, qué?! ¡¡Ésta es mi casa!!

ELLA.- (Como enajenada.) ¡¡Perversos sexuales!! ¡¡Adúlteros!! ¡¡Semisexuales!!

EL POLICÍA.- (Trata de restablecer el orden para que esto se entienda.) Por eso, señora, aquí ¿quién con quién? ¿Quién de quién?

ELLA.- (Sumamente perturbada.) ¡Éste con éste y luego los dos con/ contra/ de/ desde/ en/ entre/ mien/ mientras/... ¡conmigo!

EL POLICÍA.- (En el delirio tremens.)

¡¡Miserables!! ¡¡Degenerados!!

ADÁN.- ¡Cuidado, señor, con sus palabras!

¡Usted, quién es para...!

EL POLICÍA.- (Poniéndose guantes blancos y ofreciéndole su tarjeta de presentación.) ¡Teckno Krato Bruska Mento, administrador público de la

Justicia Social, de la Sanidad Sexual y de la Polución Intelectual! Nada más; y estoy aquí a petición de una de las partes.

ADÁN.- ¿Cuál?

EL POLICÍA.- ¿Cuál qué?

ADÁN.- ¿Cuál de ellas? Las partes.

EL POLICÍA.- De ella. Singular.

ADÁN.- De las partes. Plural.

EL POLICÍA.- De "ella", singular. Ya dije.

Gran pausa llena de miradas de inteligencia entre los protagonistas de este drama.

ADÁN.- Tú... ¿lo llamaste?

ELLA.- (Haciéndose la trastorna.) ¿A quién?

ADÁN.- ¡A este murciélago!

EL POLICÍA.- (Interviene oportuno.) ¡Cuidado, buena mujer, cuidado!

ELLA.- (Revisa al policía con mucha atención.) Es la primera vez que lo veo.

EL POLICÍA.- (Casi llorando por el infame rechazo.) ¡Miente! ¡Yo personalmente la atendí en mis brazos cuando fue usted a querrellarse a la Procuraduría General del Consumidor! ¡¿No lo recuerda?!

ELLA.- (Clínica.) ¡Claro que lo recuerdo!

EL POLICÍA.- (Como un hábil manipulador.) Entonces declare usted ante el jurado ¿por qué acudió usted a la Procuraduría General del Consumidor? (Se pavonea quitándose los guantes blancos.)

ELLA.- (Muy segura de sí propia.) Acudí a querellarme por un fraude.

EL POLICÍA.- (La asedia.) ¿Con/ contra/ de/ desde/ en/ entre/ quién?

ELLA.- Con/ contra/ de/ desde/ en/ entre/, por/ porki todas las tiendas de descuento...

EL POLICÍA.- (Lleno de ironía.) Ah... ¿sí? ¿Y se puede saber qué carambas tiene usted contra las tan necesarias tiendas de descuento, señora amadecasa mía...?

ELLA.- (Dueña de la situación.) Expenden alimentos pasados. Especialmente venden blanquillos corruptos: hueros, chirles y hebenes. ¡Para que lo sepa usted de una buena vez!

EL POLICÍA.- (Muy asombrado.) ¡¡Cómo!!

ELLA.- ¡Sí, señor juez, huevos de desecho; de segunda, de tercera, de cuarta, de quinta...! ¡por todo el territorio nacional!

El policía.- (Tratando de recuperarse.) Usted sabe... señora amadecasa mía, que uno de los problemas de la depresión nacional reside en la falta de blanquillos sanos y salvos. ¡No entiendo por qué tenga usted que acudir a la Procuraduría General del Consumidor a embromarnos! (Al fotógrafo.) ¿No le parece, Plako?

EL FOTÓGRAFO.- (En medio de sus flashes.) Así es.

EL POLICÍA.- (Ahora trata de relacionar a su compañero con ella.) ¿No se conocen?

ELLA.- (Displicente.) No tengo el gusto. No deseo tener el gusto.

EL FOTÓGRAFO.- (*Presentándose.*) Tanto gusto, señora. Plako Documentario, fotógrafo de fijas, semifijas y corcheas, a sus órdenes.

ELLA.- (*Muy insinuante.*) Mucho... gusto... Plako (*Brusca transición y ahora de mala gana.*) Mi esposo Adán, mi amante Anastasio Foster (*yendo hacia los niños*); mis hijitos: Resco, Cesco y Vesco, con más de diez años de diferencia sexual entre uno y otro. (*Ahora trata de presentarle al policía.*) El señor... (*Al policía.*) Perdone, pero no conozco su nombre, ni su oficio, ni su beneficio...

EL POLICÍA.- Soy el juez de Honor y Justicia Carroño del Cuzco. Hijo de inmigrantes italianos.

ELLA.- (*Muy fina.*) Encantada, *comendatore.* (*Al fotógrafo.*) El comandante Carroño del Casco, hijo de inmigrantes catalanes. (*Los dos hacen muecas indicadoras de que ya se conocían.*)

EL FOTÓGRAFO.- (*Mientras les toma fotos a los hombres y a los niños.*) ¡Qué linda familia tiene, señora!

ELLA.- (*Tratando de quedar bien con él, pues le parece muy atractiva su manera de tomar las fotos.*) ¿Le gusta?

EL FOTÓGRAFO.- (*Sinceramente.*) ¡Mucho!

ELLA.- ¡Se la regalo! ¡Es suya! (*Le da el trasto de sus hijos al traste.*)

EL POLICÍA.- (*Oportunamente.*) ¡Un momento! (*Interviene Carroño del Cuzco, con suprema habilidad jurídica.*) ¡Usted no puede disponer de algo que NO es suyo.

ELLA.- (*Se defiende como gata bocarriba.*) ¡Es MI traje! ¡Es MI vestido! ¡Son MIS zapatos! ¡Es MI pelo! ¡Es MI carisma! ¡Es MI sexo insatisfecho! ¡Es MI casa! ¡Es MI esposo! ¡Es MI amante! ¡Son MIS hijos! ¡Es MI familia...!

EL POLICÍA.- (*Tratando de imponer su autoridad.*) Pues toda esa conjugación de posesivos me vale, frente a un gravísimo problema de huevos corruptos. Y aquí me encuentro yo para velar por la salud pública, no para violarla, y ponerla al tanto de los riesgos que todas estas escenitas acarrearán a la sociedad.

ELLA.- (*Que le vale aún menos que a su interlocutor.*) ¡Ah, ¿sí?! Pues mira cómo caen los cocos cuando muevo las caderas.

EL POLICÍA.- (*Cantando.*) Así se nos van los ojos cuando mueves...

EL FOTÓGRAFO.- ¡Las palmeras!

EL POLICÍA.- ¿Eres jarocho?

ELLA.- No soy jarocho.

EL FOTÓGRAFO.- ¿Eres cubana?

ELLA.- No soy cubana.

LOS DOS.- ¡¿ENTONCES QUÉ ERES?!

ELLA.- ¡¡SOY MEXICANA!!

Pausa grave y prolongada. Un sentimiento de arrepentimiento debe prevalecer en el escenario, durante unos minutos... Después, el policía saca un cartapacio, desprende su lápiz e inicia el interrogatorio:

EL POLICÍA.- ¿Edad?

ELLA.- (*Muy apenada.*) Treintaiocho años. Monja, casada, virgen y mártir. Dos maridos y tres hijos: Resco, Cesco y Vesco. Todo lo que tengo está a la vista.

EL POLICÍA.- ¿Ocupación?

ELLA.- El hogar.

EL POLICÍA.- ¿Estado civil...?

ELLA.- Abandonada en mi noche de bodas.

EL POLICÍA.- Ahora pasaré a los querellantes. (*Con Adán.*) Usted. Su nombre.

ADÁN.- Adán Retorna de Galilea.

EL POLICÍA.- (*Al otro.*) Usted.

EL PADRE.- John Foster, alias Anastasio.

EL POLICÍA.- ¿Dónde nacieron?

LOS DOS.- En la guerra.

EL POLICÍA.- ¿Nacionalidad?

LOS DOS.- Ninguna.

EL POLICÍA.- ¿Sexo? Usted. (*A Adán.*)

ADÁN.- ¡Enorme!

EL POLICÍA.- (*Al otro.*) Usted.

EL PADRE.- ¡Inmenso!

EL POLICÍA.- Alguna otra agravante causal, ¡canallas!

ADÁN.- Yo simplemente fui en busca de tabacos rubios. De éste no sé una palabra. Lo acabo de conocer. (*Dándole la mano.*) Tanto gusto.

EL PADRE.- (*Contestando el saludo.*) Tanto gusto. (*Ahora le dice al policía.*) Señor juez, ¿acaso es ésta una reunión de avenencia entre las partes?

EL POLICÍA.- (*Que no deja de tomar datos.*) Así es, justamente.

EL PADRE.- (*Preparando una coartada.*)

Entonces me desisto de la acción.

EL POLICÍA.- (*Más hábil y marrullero que él.*) ¡No puede! El adulterio comprobado se persigue de oficio. No quisiera molestarlo pero...

EL PADRE.- Entonces acudiré al amparo.

EL POLICÍA.- ...pero... tampoco procede el amparo.

EL PADRE.- (*Casi en la desesperación.*) Pero, ¿por qué razón, Dios mío?

EL POLICÍA.- Por la sencilla razón de que ¡yo! no me creo ninguna autoridad abusiva.

EL PADRE.- (*Señalándola a ella.*) ¡Pero ella sí!

EL POLICÍA.- Eso a mí no me incumbe.

(*Transición.*) Perdón, entonces ¿puedo pasar al baño?

ELLA.- (*Muy solícita y coqueta.*) ¿Sabe usted dónde se encuentra?

EL POLICÍA.- ¡Cómo no, en México, país de libertades!

ELLA.- No usted; el baño.

EL POLICÍA.- Cómo no, a la derecha la primera puerta. Vamos Plako. (*Salen ambos cantando esta letra con música de Shostakovich; "El pueblo que sufre y labora, / que lucha forjando un ideal, / vislumbra un fúlgida aurora / de amor, de trabajo y de paz / En pie la juventud, / valiente el corazón / clarín de libertad / será nuestra canción / Pom, catapom, pom, pom..."*)

ADÁN.- (*Con dulce reclamación a ella.*) ¡Bravo!
 EL PADRE.- (*Igual.*) ¡Bravo!
 ADÁN.- ¿Por qué me hiciste esto?
 EL PADRE.- ¿Por qué le hiciste eso?
 ELLA.- Los dos... me abandonaron...
 ADÁN.- Yo sólo fui...
 ELLA.- ..."a comprar tabacos rubios", ¡lo sé hasta el cansancio...!
 EL PADRE.- Y yo mientras...
 ELLA.- ¡También lo sé! Yo en cambio les he dado tres hijos a ambos. Sangre de mi sangre; voces de mi voz.
 ADÁN.- Debiste haberme esperado.
 ELLA.- Diez años...
 ADÁN.- Se pasan así...
 EL PADRE.- No me parece...
 ADÁN.- ¡Usted no tiene derecho a abrir la boca! ¡Yo soy el marido ofendido! ¿Le suena bien eso?
 ELLA.- (*Manipuladora y fría.*) Y todo eso ¿para qué?, me pregunto. Para que los dos me hagan escenitas delante de los niños.
 ADÁN.- (*Exaltado.*) ¡Ah, los niños, ahora piensas en ellos! ¡Infelices!
 EL PADRE.- ¡Son mis hijos!
 ADÁN.- ¡Y también míos!
 ELLA.- ¡Y únicamente míos! (*Transición.*) Mas... está bien... "seré de ambos, pero guárdense el pedirme que los quiera".
 LOS DOS.- (*En el desconcierto total.*) ¿Qué es eso?
 ELLA.- ¿Cuál?
 ADÁN.- Eso que acabas de decir.
 ELLA.- Ah... Es un parlamento de María Félix en *La mujer sin alma*; se lo dice Fernando Soler, su padrino. (*Trata de repetirlo.*) "Esta bien, seré..."
 ADÁN.- (*Reconociendo el parlamento.*) ¡Conozco esas palabras! Las escribió Salvador Novo para María. ¡Lo sé todo, lo sé todo, todo... (*Se abate.*)
 ELLA.- (*Los tres salen de la acción y ahora son los actores.*) ¡Cálmate por favor, el juez y su ayudante están en el cuarto de baño! No tienen por qué enterarse de todo esto.
 ADÁN.- ¡Pero él las escribió!
 ELLA.- No importa, por favor, sé prudente por lo menos una vez en tu vida. Te lo suplico.
 EL PADRE.- Te lo suplicamos ambos. Yo, como el padre de tus hijos. Cálmate, por favor.
 ADÁN.- (*Con residuos de lágrimas.*) Está bien... Fabricio... Fabrizio Luppó; está bien, María... llena eres de gracia...
 EL PADRE.- Gracias.
 ELLA.- Gracias. Aquí llegan. Cuidado. (*Entran el policía y el fotógrafo.*)
 EL POLICÍA.- (*Satisfecho.*) Me siento mucho mejor después de haber pasado al baño. Más dispuesto para poder comprender estos problemas, señora amadecasa mía.
 EL FOTÓGRAFO.- Nos sentimos mucho mejor. ¿Cuánto es?
 ELLA.- No vale la pena. ¿Una copita...?
 EL POLICÍA.- No, gracias.

EL FOTÓGRAFO.- ¿...con sus quesitos y su botanita...?
 EL POLICÍA.- (*El fotógrafo.*) De veras no, gracias. Tenemos prisa. Aún nos quedan dos estupros y una violación que atender, y aquí nos hemos entretenido mucho. De veras, gracias.
 ELLA.- (*Completamente cambiada: hora vuelta loca por el policía.*) Y... si yo me disfrazara de mujer araña, y... sentándome a su lado... (*se sienta en él*) le dijera al oído, mordiéndole el oído... (*Lo hace*) ...le dijera... ¡llévame contigo, policía!, y precipita sobre mi ese manto de estrellas que es tu vida y la mía... Hazme partícipe de por lo menos uno de esos... (*buscando la palabra*) ...¿cómo dijiste que se llaman?
 EL POLICÍA.- (*Casi seducido.*) ¿Qué?
 ELLA.- Eso a donde vas: estudio... estúpidos... estupros...
 EL POLICÍA.- ¡Estupros!
 ELLA.- ¡Eso! ¡Llévame a uno de éstos, por lo menos, contigo...!
 EL FOTÓGRAFO.- (*Explicándoles a los demás.*) Yo también voy con él. Es el uso en mi obligación.
 ELLA.- (*Abordando al fotógrafo.*) Y... contigo...
 EL POLICÍA.- (*En el desconcierto total pero encantado.*) Hombre... la Procuraduría General del Consumidor no había previsto estas acciones...
 ELLA.- Tampoco las condena.
 EL POLICÍA.- (*Tomándola por el talle.*) y... ¿serías capaz de jurarme amor eterno?
 ELLA.- (*Abrazándolo con pasión.*) De hecho y de derecho.
 EL POLICÍA.- (*Perturbado y lúbricamente.*) Me gusta tanto tu... juris... prudencia... Tu... manumitio...
 ELLA.- (*Cantando entre los brazos del policía.*) "Tuya soy, por que tú me enseñaste a querer; porque tú me enseñaste a sentir..."
 EL POLICÍA.- Estoy dispuesto a cometer contigo todos los delitos sexuales...
 ELLA.- ¡Todos! ¡Llévame contigo!
 EL POLICÍA.- (*Saliendo casi en brazos de ella.*) Incesto... estupro... adulterio... violación... (*Salen seguidos del fotógrafo.*)

Gran pausa. "Los hombres sólo se miran / acompañarse a estar solos / es la sola compañía."

EL PADRE.- En fin... nos hemos quedado solos.
 ADÁN.- Sí... nos ha abandonado... a ambos.
 EL PADRE.- También a los niños.
 ADÁN.- Son tus hijos. Te tienen a ti.
 EL PADRE.- También tuyos... Fabrizio Luppó...
 ADÁN.- Gracias. Te los agradezco. (*Breve pausa.*) Me voy.
 EL PADRE.- ¿Por qué? Éstas es tu casa... En todo caso, nosotros...
 ADÁN.- No, por favor. No sería justo. Ahora esta casa es más de ustedes que mía.

EL PADRE.- Entonces, quédate. Nosotros cuatro te lo pedimos. *(Toma el trasto con sus hijos entre sus manos.)* ¿Verdad, Cesco? ¿Verdad, Resco? ¿Verdad, Vesco?

ADÁN.- *(Sumamente conmovido.)* Oh...

EL PADRE.- Te quieren tanto como a mí. Ellos saben que también tú... también tú eres su padre.

ADÁN.- Por favor, no me digas eso. Yo no he sabido serlo.

EL PADRE.- Lo has sabido ser de una manera diferente. Por favor no los abandones.

ADÁN.- mi ausencia pudo haberles hecho tanto daño como ahora mi presencia.

EL PADRE.- No, nunca. No repitas eso. Tú nunca estuviste ausente de nosotros. Sabíamos que habías salido a buscar tabacos rubios, pero que de un momento a otro volverías.

ADÁN.- Y ahora que he vuelto, mira para qué fue...

EL PADRE.- Para estar físicamente con nosotros. Para jamás ausentarte de nosotros. *(Transición.)* Quiero decirte algo aquí delante de los niños. ¿Me lo permites?

ADÁN.- Hazlo.

EL PADRE.- Cuando en la intimidad con ella... cuando en la penumbra vaga de la pequeña alcoba, ella y yo forjábamos, fraguábamos la realización de nuestros hijos -¡tus hijos Fabrizzio!-, entre las sábanas como entre los cuerpos sentíamos tanto el calor de tu presencia. Eso que a mí me dio fuerzas, esperanzas, ilusiones... A ella, seguridad para entender que a pesar de todo no la habías abandonado... que no te encontrabas ausente.

ADÁN.- *(Sumamente conmovido.)* Qué bella confesión.

EL PADRE.- Te pertenece íntegra... por todas esas cosas de la vida.

ADÁN.- Y ¿si ella regresara?

EL PADRE.- No... Ella no regresará.

ADÁN.- ¿Estás seguro?

EL PADRE.- Tan seguro como estar Dios en los cielos...

ADÁN.- *(Tras de sentida pausa.)* Entonces... Es el último azul de horizonte. Hay que vivirlo.

EL PADRE.- *(Retomando el trasto.)* Sí, el último azul del horizonte. Vengan, niños. *(A Adán.)* Vamos.

Se inicia el mutis. Ambos toman el trasto como si llevaran a los niños de la mano. Un instante después, Adán se detiene, se busca entre los bolsillos de su traje y dice:

ADÁN.- Sabes... se me han acabado los cigarrillos. Volveré en un momento.

Toma el trasto en que venía enfundado –su petaca de permanente viajero- y sale. El padre lo ve alejarse con un dejo de aceptación no exento de tristeza.